

Cálatrava la Vieja
en mi obra literaria

por Julián Ruiz Peco

Ilmos. Señores.

Ilmas. Señoras.

Señoras y Señores.

Unas palabras de agradecimiento.

Un deber de cortesía me obliga, en estas primeras palabras, a significar mi reconocimiento y agradecimiento a D. Carlos Calatayud, no sólo por su aquiescencia en cuanto a mi arribo a esta casa, sino porque, ahondando en el tiempo, recuerdo que fue profesor mío y que encaminó mis pasos por una senda que fue grata a mi albedrío, quizás porque los temas o materias que él explicaba se me ofrecían prometedores. Debo admitir la posibilidad de que aquel ambiente me fuese propicio para que, más tarde, me aventurase a emborronar alguna que otra cuartilla, sin pensar si la fortuna, en estas Artes, me tendería la mano o me sería esquiva alguna vez. Aquella aventurilla literaria, que aún no ha perdido su condición de aprendizaje, la seguí alegremente, acaso porque los años eran menos, acaso porque las esperanzas eran más... Entre aquellas viejas aulas de mis años estudiantiles y este inmerecido puesto que ocupó debe haber, como deducción lógica, algún nexo o relación. Gracias, querido maestro.

Asimismo expreso mi sincera gratitud a quien propuso mi nombre para este cargo; gratitud que hago extensiva a todos los demás ilustres Consejeros del Instituto de Estudios Manchegos, ya que con su asenso y benévola opinión hicieron posible mi ingreso en esta digna corporación.

CALATRAVA LA VIEJA EN MI OBRA LITERARIA



QUIERO empezar este discurso, para que lleve algo bueno y estimable, con unas palabras que pronunció D. Francisco Rodríguez Marín en la recepción pública de su ingreso en la Real Academia Española, allá por el año 1907.

«Temprano, y tarde a la vez, según se mire, llego a ocupar uno de estos codiciados sitials. Temprano, porque no merezco tan señalada honra, y aún dudo que, por más que me esfuerce, alcance a merecerla en lo porvenir; y tarde, porque a todo andar voy acercándome al fin de mi jornada, pesaroso de no haber trabajado cuanto debí...»:

Son palabras sencillas, llenas de inmensa ternura, en las que apunta un temor por el nuevo cargo que va a recibir y un reproche a sí mismo por no haber sido más extenso en sus quehaceres. El se expresaba así, exquisitamente, desde su alto pedestal de sabio y erudito; yo, participando aún de las mismas sensaciones y temores, alzaré mi voz en torpe balbuceo, por el llano y apacible sendero de la modestia, concorde siempre con mis parcos merecimientos.

Y ahora, situado ante tan selecta concurrencia, intentaré exponer mis ideas en una disertación, que yo quisiera amena, y que tiene más de charla amistosa que de documentado discurso. Como no me guían pretensiones de erudición, y aún a trueque de que mis palabras causen algún desencanto por haber citado el vocablo charla, dejaré que mi pensamiento pueda cabalgar a su antojo —valga esta figura retórica— sin desabrimiento alguno que lo estorbe.

Perplejo estuve buen espacio de tiempo, al hilvanar estas notas preliminares, meditando cuál sería el asunto que expusiese o comentase en esta oportunidad que aquí se me ofrece. Al fin me decidí a hacerlo, no sé si con la suficiente medida, por el tema «CALATRAVA LA VIEJA EN MI OBRA LITERARIA». Otros varios temas surgieron en ese breve recuento de lo posible o probable en nuestro hacer, pero le dí primacía al que citado queda; al no hacerlo así me hubiese puesto en el trance de no ser leal con la prócer Calatrava de mi vecindad ni conmigo mismo.

Pero antes de seguir adelante por este derrotero voy a hacer un inciso leyendo un soneto de traza jocosa, siquiera sea para poner

una pincelada de humor en mis palabras, pretendiendo con ello que mi ánimo no decaiga y pueda proseguir con sosiego en esta encrucijada. Estos versos saltaron a los puntos de la pluma sin rebuscamiento alguno, porque yo consideraba que si nuestro hidalgo y caballero Don Quijote, acosado por multiplicidad de encantamientos, veía gigantes por todas partes, yo también los tendría en mi derredor, en esta docta institución, pero no desahorados y desmedidos como los describiera Miguel de Cervantes, sino gigantes del pensamiento, gigantes del saber y del bien decir.

Y de tales cavilaciones, rozando lo quimérico, surgió este engendro de los escondrijos de mi entendimiento al afrontar la realidad escueta. Sabido es que el pensamiento, a veces tornadizo en demasía, desborda los límites de la sana razón. ¡Oh, influencia del Caballero de la Triste Figura!

ENCANTAMIENTO LITERARIO

Un discurso me piden, ¡qué dislate!
¡en tamaña aventura estoy metido!
¡Cómo darle yo forma y colorido
a lo que ya presiento un disparate?

Y en este duro y tan tenaz combate
entre el «Ser o no ser» de mi sentido,
yo me encuentro maltrecho y dolorido,
y en la palestra mi razón se abate.

Sin rodela ni yelmo, descubierto,
¿podré yo desfacer algún entuerto
sin muestra de visible desaliento?

Mas... espero entre tanta malandanza,
igual que Don Quijote con su lanza,
defenderme en aqueste encantamiento.

Para pergeñar esta humorada debió llegar hasta mí el hábito inspirador de alguna regocijante musa, que bien puede haberlas, y no muy atareadas, reclinadas sobre los lentiscos y terebintos del Parnaso o del Helicón.

Terminado este inciso, que temo haya roto los moldes clásicos y tradicionales de estas recepciones, hay que recobrar la moderación en las ideas y tornar a la senda que marca lo que ha de ser objeto de este discurso. Para ello sería conveniente situarse, aunque sólo sea de forma imaginativa, en el solar histórico donde otrora estubo la antigua villa de Calatrava, y desde estas tierras llanas, contemplando el montículo sobre el que se levantan las ruinas de la fortaleza del mismo nombre, soñar despiertos si tal cosa fuese hacedera, preten-

diendo ver el castillo en su primigenia configuración. Tal aparente visión habría de ser bellísima y sorprendente a la vez si una ágil inventiva así nos lo pintara en una ficción maravillosa.

Como la historia, al correr de los siglos, fue recogiendo cuantos hechos bélicos tuvieron lugar en este vasto escenario, favorables unos y de notorio infortunio otros, es innecesario exponer unos relatos de sobra conocidos. Y como consecuencia de esta aclaración he de discurrir por senderos donde apunte la expresión lírica aunque sea tímidamente. Sólo pretendo destacar la influencia que Calatrava ejercía en mis escritos y ensayos, pues su recuerdo parecía acuciarme para que mi pluma, aunque fuese momentáneamente, la sacara del olvido y preterición en que se hallaba.

Como muestras de mi estilo presentaré varios trabajos literarios que fueron escritos hace largo tiempo, algunos de ellos en el umbral de un cuarto de siglo, y que ahora he espigado en los haces de mi propia y vieja cosecha, no porque los considere exentos de imperfecciones, sino por lo que tienen de sencillo homenaje a la mencionada fortaleza al recordar sus pasadas glorias.

Así empieza la lectura de estos ensayos dispersos que, en su conjunto, pudiera llamarse «Antología literaria de Calatrava la Vieja y sus inmediaciones».

UNAS RUINAS OLVIDADAS

En el histórico Campo de Calatrava, sobre un elevado cerro situado en la margen izquierda del río Guadiana, y, concretamente, en el término municipal de Carrión de Calatrava, se levantan altivas, como corresponde a su pasado, las ruinas de Calatrava la Vieja, fortaleza casi inexpugnable en otras épocas guerreras, y que hoy se ofrece, a los ojos de los escasos visitantes, vencida por la acción demolidora del tiempo y por el abandono de los hombres. A esto último hemos de achacar la mayor culpa del lamentable estado de conservación en que se encuentra la que fue plaza fortificada, codiciada siempre por cristianos y musulmanes, y que diversas veces cambió de dominio en las sangrientas luchas sostenidas entre ambas huestes.

Esta fortaleza fue residencia de los grandes Maestres de la Orden de Calatrava hasta 1217, año en que D. Martín Fernández de Quintana, VIII Maestre de esta Orden, trasladó el convento al Castillo de Calatrava la Nueva. Al abandonarla la Orden, fue despojada, a su vez de todo cuanto en ella había estimable, y así se inicia el período decadente para Calatrava la Vieja, que, poco a poco, había de acabar en el de su ruina, tal como ahora la vemos. No recibió esta fortaleza ayuda alguna material, y sus muros, corroídos por las aguas, desmoronados unos y maltrechos otros por el suelo, cumplen así, desgraciadamente, la suerte adversa que el destino les deparó

en su proceso histórico. Aún queda algo en pie, que puede y debe salvarse antes que estas murallas acaben de perder su dimensión en el espacio y su cuenta en el tiempo.

No existían en épocas pasadas, como hoy existen, sociedades o patronazgos que se nombran «Amigos de los Castillos», «Amigos de los Molinos», etcétera, cuya finalidad es la conservación y restauración de aquellas edificaciones que tienen un valor histórico o arquitectónico reconocido. Hoy, por parte del Estado y sus organismos, hay una preocupación grande por conservar estas construcciones y monumentos, protegiéndolos para evitar su desaparición.

No tenemos idea exacta de cómo sería este castillo en la antigüedad, y para completar un juicio, a nuestro antojo, más o menos veraz del mismo, evocamos su severa traza y estructura, y nos parece que contemplamos su ingente mole, de gruesas murallas, reflejándose en las cristalinas aguas del Guadiana que baña su base e inunda su foso. Y vemos, en fin, sus torres y almenas recortándose, airoas, en el azul del cielo. Después, la realidad se encarga de desvanecer, rápidamente, este pensamiento.

Entre estas piedras milenarias, cargadas de historia, reina un silencio de claustro, un silencio maravilloso. La Naturaleza ofrenda a estas ruinas, en la primavera, el sencillo homenaje de una flora gayá y abundante que las alfombra por completo, como igualmente sus inmediaciones y laderas. Y ahora nos preguntamos, ¿qué hay de histórico o legendario en lo de su valiosa campana? ¿En qué punto de su perímetro estaba situado el puente levadizo? ¿Dónde su torre del Homenaje? Lanzadas estas preguntas no nos aventuramos a contestarlas, ya que nuestras conjeturas las estimamos pobres y, acaso, sin fundamento. Los muros de esta fortaleza, soterrados muchos de ellos al hundirse las partes más elevadas, producen una sensación de lástima en el ánimo de quien los contempla. Pensamos que en estos paramentos que quedan, acaso se proyectarían las sombras de San Raimundo y Fr. Diego de Velázquez, de Reyes y magnates, de grandes Maestres y Caballeros de la Orden de Calatrava. Recordamos el heroísmo de estos soldados de la Cristiandad, que derramaron su sangre generosa defendiendo la fe católica y el suelo patrio contra los invasores musulmanes.

La perspectiva que desde estas alturas se domina, tiene un singular atractivo. Todo este campo, que fue amplio teatro donde tuvieron lugar las gestas más heroicas, está compuesto de diversos parajes y cruzado por caminos, unos y otros de nombres simbólicos y sonoros, que la tradición ha conservado desde pretéritos tiempos hasta ahora. Son tierras de cultivo, tierras de producción, tras las que se advierte un fondo poético. Así es Castilla y así es La Mancha, pero en La Mancha, sin grandes elevaciones en el terreno que estorben la visibilidad, al tender la vista en la lejanía, necesariamente hemos de encontrar belleza y poesía en el llano. ¡Ah, si surgieran

nuevos caballeros al estilo de Alonso Quijano, no les faltarían tierras de abolengo sobre las que derrochar su arrogancia, ni motivos aléгорicos con que rellenar, ambiciosamente, los cuarteles de sus imaginarios escudos!

Presidiendo esta campiña, y en las proximidades del castillo, en hermoso y cuidado Santuario, se encuentra la imagen de Nuestra Señora de la Encarnación, Patrona de Carrión de Calatrava, la que es visitada frecuentemente por devotas personas de esta villa y de otros más distantes pueblos.

Al retirarnos de estos lugares, y coincidiendo con la puesta de sol, caminamos por tierras de labrantío. Atrás queda Calatrava la Vieja. Los últimos destellos del sol ponen la leve caricia de sus rayos sobre los altos picachos de aquellos muros. Es una claridad tenue que se va extinguiendo lentamente. Es un adiós de paz hasta otro nuevo día.

Prosigo con una poesía que me inspiraron estas históricas piedras contempladas en la grata calma de un atardecer estival.

POR TIERRAS CASTELLANAS

Viejas ruinas de gruesos torreones:
vestigios de una altiva fortaleza.
Recinto medieval de la nobleza
con historia de estirpes y blasones.

Acuden a la mente evocaciones
de leyendas y escenas de grandeza,
y surgen de improviso en la maleza
guerreros en opuestas direcciones.

Y aún parece que vibran, apagados,
los toques de los épicos clarines
presagiando quimérica batalla...

Y vemos en corceles ataviados
a un cortejo triunfal de paladines
donde todo está yermo y todo calla.

Nada tiene de extraño que haya alguna semejanza en los conceptos de los varios escritos que voy enumerando, pues al no haber mutación alguna de signo favorable en cuanto al asunto que aquí expongo, la impresión objetiva y anímica que nos sugiere Calatrava, en cada nueva visita, sigue siendo la misma inevitablemente.

Intercalaré a continuación otro trabajo que lleva por título:

CALATRAVA LA VIEJA

Así sencillamente, remedando a la grey infantil y con un verso de su viejo y popular cancionero, pueden decir los naturales de varios pueblos de esta meridional Castilla, que es a la vez tierra de La Mancha: «Yo tengo un castillo...». Y esta frase que, lanzada a los vientos, resuena en los oídos como un eco de nuestro Romancero, no es que exprese, en este caso, propiedad o posesión de un castillo, sino que tales nativos pueden significar con ella que los tienen de mera vecindad en sus tierras comarcales o enclavados en el área de su término municipal. Y efectivamente, por la manchega geografía puede contemplarse no un castillo, sino un importante número de castillos desparramados por sus dilatadas tierras, pero tan malparados, tan molidos, que apenas son hoy borrosos vestigios de lo que fueron. De esta guisa podrían citarse Calatrava la Vieja, Calatrava la Nueva, Alhambra, Peñarroya, Montizón y Salvatierra, entre otros, por no enumerar más, dentro de la provincia de Ciudad Real. Algunos de ellos en informes ruinas, perdida desde hace muchos años su geometría y reducido, posiblemente, el asiento de su base. Parece increíble que en las centurias pasadas se llegase al total abandono de estas edificaciones, pues de otra forma, no contemplaríamos ahora sus muros deformes y maltrechos por el suelo. Se argüirá que la cifra de castillos existentes en España era cuantiosa, y escasa la protección oficial o particular, cuando la hubiese. ¿Desvastaciones irreparables durante las guerras medievales? ¿Incuria? La causa, sea la que fuere, como cosa transitoria, ha pasado y propende al olvido. Los hechos son los que han quedado patentes; son esos grupos de piedras que hoy constituyen ruinas, y que, generalmente, se observan en algunos montículos y sobre ribazos o pendientes del terreno.

Concretamente, en este trabajo, hemos de referirnos a las ruinas de Calatrava la Vieja, fortaleza de severa traza, cuyo origen se remonta a época antiquísima, y que, en la actualidad, rodeada de tierras de labrantío pone una pincelada de poesía en la llanura manchega. Los árabes la llamaron KALAAAT RAAWAK, interpretándose como **Castillo de las ganancias**. Vulgarmente se la denomina «Las Torres», sin que pueda saberse desde cuando se designa con tan simbólico nombre. ¿Se la llama así, tradicionalmente, por los motivos más salientes de su vieja arquitectura? o ¿acaso guarda alguna relación o analogía con una antigua mansión, llamada Torres, que estuvo situada, al parecer en el *Itinerarium* romano de *Emerita a Caesar Augusta*?

Como dormidos en la calma apacible de la campiña que los rodea, en un lorgano de siglos, los muros que quedan de esta ingente fortaleza se elevan, airoso y altivos, sobre un alcor situado en la

margen izquierda del Guadiana, cerca del Santuario de Nuestra Señora de la Encarnación, en tierras de Carrión de Calatrava. Parece que éstos últimos torreones se resisten a desaparecer del amplio escenario en el que desempeñaron tan importante papel en las guerras de präteritos tiempos. Atesoran sus piedras mucha historia para dejarse vencer por el peso de los siglos; no fueron sus servicios mezquinos ni tan prosaicos para desmoronarse sin pretender rebelarse contra su adversa suerte en un prolongado esfuerzo por conservar su imperio. El agua cristalina del río que corre a sus pies, y que otras veces inundaba su circundante foso, pone un leve rumor junto a esta mermada estampa feudal, un contrapunto al zumbido del viento en los días en que el cierzo sopla fuerte por las oquedades de sus gigantes muros. Ante este viejo castillo, nuestro pensamiento quiere escudriñar su pasado; un poco en tropel se nos representan en la mente los numerosos episodios bélicos habidos entre musulmanes y cristianos. Y así nos parece ver las figuras de Reyes y magnates, Caballeros de distinto linaje y un cuantioso número de defensores de Calatrava, entre los que destacan San Raimundo y Fr. Diego de Velázquez por el arrojo y denuedo que pusieron en el mantenimiento y defensa de la villa y tierras que se les confiaron. Y surge la inclita y poderosa Orden de Calatrava, cuya enseña victoriosa hace tremolar en la torre del Homenaje. Y esta cita de personajes y acontecimientos sería interminable, puesto que los paladines fueron multitud. Solamente diremos que desde las bóvedas de este recinto hasta lejanos confines resonó la fama inmarcesible de guerreros y religiosos, de héroes y mártires...

Siempre hay bellos relatos, más o menos legendarios, que se entremezclan en la historia de los castillos, y que avivan el deseo de conocer los hechos lejanos que tuvieron lugar en aquellos recintos y sus tierras aledañas. Porque ¿quién descarta la posibilidad de que algunas de estas narraciones, las menos quiméricas, tengan un origen real y efectivo? De Calatrava también hemos oído referir, a personas que nos precedieron en edad, algunos relatos que no sabemos si interpretarlos como hechos ciertos o como encantadoras leyendas mantenidas por la tradición desde remotos tiempos. ¡Oh, aquella campana de plata...!

Calatrava la Vieja, lo que de ella queda, bien merece una visita, pero no una visita de gente bullanguera, que más desbarata que aprende, sino la de aquellas personas amigas de la investigación y del estudio. De estas últimas, quienquiera que hasta allí llegue, aunque sus aficiones no discurran plenamente por el campo de la Historia, al meditar sobre las ruinas de esta imponente fortificación, ha de sacar, sin duda, consecuencias y enseñanzas que pudieran ser muy provechosas para tiempos futuros.

¡Murallas amañadas...! ¡Patio de armas...! ¡Torre del Homenaje...! ¡Cuánta historia perdida entre sus ruinas! Aún dan muestras

de su antiguo poderío, de su portentoso pasado, elevando en el espacio sus gruesos muros horadados por las aguas, y manteniendo enhiestos esos torreones mutilados que, en otro tiempo, fueron vigias perennes en el Campo de Calatrava.

Buscando una mayor amenidad en la alternativa de prosa y verso de estos relatos, leeré un soneto en cuyos endecasílabos intenté captar una breve impresión del pasado y presente del castillo mencionado.

CASTILLOS DE LA MANCHA

Calatrava la Vieja, en tu camino
hay un signo de imperio y de grandeza.
Defender tu bastión era proeza;
escalarlo, un intento peregrino.

A la hueste agarena, en torbellino,
la ahuyentan tus guerreros, tu nobleza...
Si hay leyenda, se impregna de belleza;
si es realidad, se abraza a tu destino.

Ya no se oye tu argéptica campana...
Sólo ruinas te quedan del pasado
como fallo de algún fatal augurio.

Duerme sobre un alcor junto al Guadiana
el río milenar que a tu lado
deja, como un poema, su murmurio.

Continuando sobre motivos de este paraje, y recordando la conocida frase, «Tanto monta...», voy a ocuparme con algún detenimiento de los molinos harineros que radican en cercanos lugares a Calatrava la Vieja, pues todo cuanto existe o existió en amplias zonas de su alrededor tiene una inherente relación histórica con ella. Así puede observarse en el río Guadiana, a corta distancia de Calatrava, aguas abajo, las ruinas del molino de este mismo nombre, que tuvo su existencia activa hasta hace varias decenas de años, habiendo desaparecido ya, como otros varios, de la cuenca del mencionado río. No es fácil determinar su antigüedad, aunque hay que suponerla bastante remota, porque lo que queda de su sólida construcción así lo atestigua.

Hace tiempo, al dirigir una vez más la atención hacia este molino, y al comparar la animación y bullicio de otros tiempos con la soledad de ahora, quise dejar patente mi recuerdo de aquella yerma estampa en estos versos con aire de romancillo.

MOLINO DE CALATRAVA

Viejo molino harinero,
molino de Calatrava,
tus piedras ya no se mueven
por las aguas del Guadiana,
que hace tiempo, quizás lustros,
que fueron desmanteladas,
y hoy se advierte en tu recinto
un rastro de malandanza.

Ya no hay cibera en tu puerta;
ni en tu cocina, jarana;
ya no se escuchan los ruidos
de tu vieja maquinaria.

Ya no bajan el repecho
los carros con sus reatas.
No hay yeguas en la ribera
ni aves en la corralada.

Tu caserón carcomido
es como nave varada,
sin patrón, sin gobernalle,
inmóvil entre las aguas.

Sobre tu vetusto puente
—no sé decir de qué traza—
cuántas veces pisarían
los Reyes y sus mesnadas,
cuando en tiempos del medievo,
tras las huestes musulmanas,
por caminos de Toledo
hasta estos campos llegaban.

Todo te sobra, molino:
la ribera, el puente, el agua...
Sólo te quedan tus ruinas
llenas de plantas parásitas.

En derredor de tus muros
¡cuánta quietud!, ¡cuánta calma!
Viejo molino harinero...
¡¡Molino de Calatrava!!

En documentos del siglo XVIII, y más concretamente en 1752, figura Carrión con dos molinos y medio, éstos eran Calatrava, que

tenía tres piedras; Malvecino, que tenía otras tres; y el denominado La Torre, con dos piedras, una de las cuales pertenecía a Migueluerra, subsistiendo sus nombres aún —aunque no los molinos— y así los habíamos oído referir a nuestros antepasados. Pertenecía el primero a D. Francisco Cucotti, vecino de Madrid, y lo administraba D. Francisco Suárez, vecino de Almagro. El segundo era propiedad de la Mesa Maestral, y lo administraba D. Juan de Contreras, y el tercero era propiedad de la Excm. Sra. Duquesa Viuda de Santistevan.

Ahondando un poco más en tan curiosa investigación he podido advertir que en el siglo XVI figuraban cinco molinos harineros en el término de Carrión, según las Relaciones Topográficas mandadas hacer por Felipe II en 1578, todos ellos sobre el Guadiana, de los que transcribo algunos párrafos extractados para no ser demasiado extenso en esta materia. Quiero conservar su antigua redacción tomada de arcaica escritura manuscrita.

«...el primero que está a la parte de oriente se dice **flor de Rivera**, tiene dos aceñas, y dos Rodeznos, a la Rivera de medio día, y a la Rivera de hacia cierzo, y norte un batán, es todo de antón de castro vecino de la Villa de almagro, ganan al presente de renta estas aceñas, y Rodeznos nuevecientas fanegas de trigo, y el batán diez y siete mil maravedis. Ay otro molino más a la parte de poniente, que es el Segundo que se dice **alzapierna**, está junto a la antigualla de Calatrava, la Vieja, está dos o tres leguas de las comunes de esta Tierra. Esto del molino de Flor de Rivera, tiene tres aceñas, vale al presente de ser hecha esta descripción setecientas fanegas de trigo de renta en cada un año. Es este molino de galaso Rotulo vecino de la Villa de almagro, a un tercio de legua de este molino está el tercero molino que se dice **malvecino** hacia la parte de poniente, tiene dos aceñas, está el paso de carros y bestias en el puente de éste, junto a él, es de su magd. o del maestradgo de calatrava, vale el aprovechamiento del doscientos mil maravedis, poco más o menos. la tercia parte de legua comun abaxo de este a la parte de poniente, está el quarto molino que se dice **la Torre**, es de doña Luisa de la cerda muger que fue de Arias pardo, vecino de la Cibdad de Toledo, es Señora de malagón y gacidelos, tiene este molino dos aceñas, vale el aprovechamiento cada un año, quatrocientos ducados, poco mas, o menos. A un quarto de legua, de este mas abaxo a la parte del puniente está el quinto e último molino que se dice **la celada**, es de su magd. o del maestradgo de Calatrava, tiene dos aceñas, vale de aprovechamiento de cada un año del, cien mil maravedis, poco mas, o menos... Ay puentes en todos los dichos molinos, que pueden entrar carros en ellos, y hacer represas para el agua para los dichos molinos. Ay una puente entre los dos primeros molinos dichos Flor de Rivera, y alzapierna, que se dice la puente de Torralva, hizola la

dha Villa de Torralva, para pasar con carros y vestias por ella a sus Labores, y ganados, y para recoger sus mieses, y traer Leñas».

Esta detallada descripción, que cuenta casi cuatro siglos de existencia, tiene una valiosa importancia para el investigador que encuentra un grato aliciente en escudriñar lo ignoto o poco conocido de la historia. En ella hemos visto que al molino de Calatrava se le llamaba Alzapierna en el siglo XVI, raro nombre que hasta ahora no he podido encontrar en otros textos consultados, pero que, indudablemente, así se le conoció. ¡Misterios de la pequeña historia de La Mancha!

Al hablar de doña Luisa de la Cerda, Señora de Malagón, como dueña del molino de la Torre, citado anteriormente, quiero recordar, a título de curiosidad, que era hija del segundo Duque de Medinaceli, y le unía una buena amistad con Teresa de Cepeda y Ahumada, la madre andariega e inquieta, mística y escritora, a quien doña Luisa, solícita, ponía a su disposición su coche para mitigar la incomodidad de aquellos largos viajes que la Santa hacía con frecuencia al recorrer las fundaciones de su Orden.

Poetas hubo que se inspiraron en estos parajes y molinos para dar expansión a su ingenio poético. De ello haré solamente dos brevísimas citas para no rebasar los límites que el tiempo nos impone.

Don Joaquín de Zaldívar y Santisteban, ilustre poeta carrionense, se expresaba así, en 1895, en una obra teatral, cuya trama tenía por escenario el Castillo de Calatrava, la Motilla, la Moraleja...

«Desde Flor de Rivera a Malvecinos
La opuesta orilla y todos sus caminos,
Erizados están de agudos hierros...»

Y don Francisco Tolsada, gran estilista y eminente poeta, publicó una poesía en 1948, en la que decía, casi como un piropo,

«¡Flor de Rivera!». Molino
blanco como una azucera.

Del Malvecino antiguo y su castillo se conoce muy poco, al menos, lo que de él se escribiera llegó escasamente a nuestras manos. No obstante, algo se puede decir y aportar como dato histórico.

«MALVECINO.—Alejandro III confirma cuantas posesiones había adquirido la Orden de Montegaudio de Jerusalén por su Bula de 23 de enero de 1180; figurando entre ellas el Castillo de Malvecino como todos sus términos o pertenencias. En el siglo XVII se le considera como Granja».

Después he encontrado algunos datos, donde parece que en las DISSERTACIONES HISTÓRICAS DEL ORDEN, Y CAVALLERIA DE LOS TEMPLARIOS... se habla también de esto. La Orden de Monfrac y de Montegaudio parece que fue una misma. Todo esto creo que lo absorbió la Orden de Calatrava.

Mascareñas dice: «A vos Don Rodrigo González, Maestre de Moñfrac, de la Orden de Montegaudio...». Ya los une aquí.

Luego dice: ...en una escritura, o principio de inventario, dice el citado Mascareñas, «... en Castilla ocuparon los Templarios mucha parte de los bienes, o todos los que pertenecieron a la Cavallería de Monfrac...»

«Haec est, memoria del haber que perdieron los Freyles de «Mongoja, y los Castiellos que los tomaron los Freyles del Templo, Alhambra, donde yace el cuerpo del Conde Don «Rodrigo, Malvecino, Escoriolo &c. ...»

Hay mucho por conocer y averiguar de estos lugares. Buscar el origen de los nombres de sus caminos, de sus parajes o de algunas edificaciones que hoy son ruinas, es una labor que nos acerca a la historia. Muchos de estos significados han quedado desdibujados en el tiempo, perdiéndose su sentido y procedencia; quizás por considerarlos triviales en su iniciación no alcanzaron un puesto en las páginas de la historia grande o Historia con mayúscula.

Donde tanto quedó perdido y enterrado, olvidado quedó asimismo el recuerdo de los Maestres de la Orden de Calatrava que aquí tuvieron su asiento y predominio. ¿Quién lleva hoy su atención y memoria hasta los escudos de armas de sus patronímicos? ¿Dónde fueron a parar los pétreos relieves y las pinturas murales de sus blasones, en los que posiblemente podría campea una garza de sable y el lema «De García arriba nadie diga», o la cruz flordelisada de gules con la salutación angélica «Ave María»? ¿Dónde los posibles perales, leones rampantes, lises, lobos, veneras y fajas de los Pérez de Siones, Pérez de Quiñones, Martínez, Rui Díaz de Yanguas y Rodrigo Garcés?

Con estas interrogantes, a las que seguirá un brevísimos epílogo, dejo compendiado cuanto me han sugerido el histórico, señero y noble solar calatravo.

Al acercarse el término de mi discurso pienso, si en este revoltijo de ideas y criterios, de glosas y comentarios, habré velado las armas con la suficiencia necesaria y tiempo exigible en estos altos menesteres de las letras. Por tal circunstancia dudo si podré merecer el caballeresco y simbólico espaldarazo por gracia y valimiento de vuestra liberalidad. Si tal favor me otorgáis quiero terminar versificando, ¡una vez más!, antes que las alas del pensamiento, capaces todavía para un lírico vulecillo, pudieran tornarse en las del mitológico Icaro, dando al traste con un cúmulo de humoradas, madrigales y rimas en potencia...

Y si al principio del tema expuesto me sirvió de entrada un soneto en el que campeaba o se dejaba entrever la arrogancia de Don Quijote, en este otro que cerrará mi intervención en este acto, me sentiría gozoso si en cada uno de sus conceptos pudiera infundirle,

en contraposición al primero, un ápice de la cordura recobrada de Alonso Quijano el Bueno.

Dice así:

PEREGRINAJE SENTIMENTAL

Voy pisando el final de mi camino,
tensa el alma y el paso vacilante.
Es mucha la emoción que en este instante,
en mi pecho, presiento y adivino.

Y siguiendo la estrella que mi sino
ha puesto ante mis ojos, titilante,
aquí llego, indeciso y expectante,
por la senda que marca mi destino.

Buscaré inspiración bajo este techo
para dar nueva savia y más provecho
a mi parco y aligero bagaje

Llegue a mí vuestra voz alentadora
como llega la lluvia bienhechora
a la tierra sedienta en el estiaje.

Y nada más, Señoras y Señores. Gracias por su atención.

CONTESTACION AL DISCURSO DE RECEPCION
DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MANCHEGOS DE
CIUDAD REAL, DE DON JULIAN RUIZ PECO POR
DON CARLOS CALATAYUD GIL, el 22-6-1972

Ilmos. Señores,
Colaboradores aquí presentes,
Señoras y Señores, amigos:



UN deber de correspondencia me impone manifestar al recipiendario Sr. Ruiz Peco que al iniciar su discurso se refería a reconocida gratitud, a cierto recuerdo de mi incipiente magisterio y a la orientación por caminos literarios de una llamada oída, escuchada (y yo diría que ya atendida, puesto que le ha abierto las puertas de este centro de cultura y exaltación manchega); un deber, repito, de correspondencia me lleva a decirle: Ciertamente será grande la emoción del nuevo colaborador al ser recibido en esta Institución, por cuanto realiza la ilusión viva y acrecida, durante mucho tiempo, que antes era esperanza pura y hoy es feliz presente; pero yo os aseguro que cada vez que oficio en esta tarea de ceremonial que ordena el cargo, y la liturgia se conjuga con un pasado que nos parece reciente, pero que en fría lógica no puede volver, rēbosa mi alma de alegría, se estremece todo mi cuerpo, la emoción se adueña del dictador de mi existencia, y los ojos al no ser ajenos al matiz espiritual del momento, miran y ven, y escrutan y perfilan, trayendo a las retinas (ya envejecidas, con neblinas de tanto forzarlos), la rigurosa conclusión de que no se vive en vano, que nos consumimos... aunque todo esto que aquí acontece sólo sea el testimonio vivo de la legitimidad de nuestros esfuerzos: pues aquél niño de antaño que nos quiso; el adolescente inmaduro que le siguió, se considera agradecido; y por fin el hombre hecho y probado de estudiosa aficción y costante trato con disciplina y saberes, nos da con su actitud perseverante del amor a su tierra el mejor premio apetecible. ¿Cómo? Oyendo de sus labios nada más, ni nada menos, que unas cuantas noticias de CALATRAVA LA VIEJA en la obra literaria de su minerva.

Es pues el maestro barbilampiño de los cursos de 1915 y siguientes; es el manchego por adopción del año 1923; es el indigno titular de esta entidad cultural de 1970, el que os da las gracias, y con ellas la bienvenida, y con todos los aquí reunidos la felicitación por ese regocijo que sentís y esa entrañable entrega al estudio y conocimiento de nuestro pasado, a lo que es y cuanto debe ser esta

Mancha inmortalizada por las virtudes de los Caballeros de Calatrava, por la pluma de Cervantes y por las peregrinas hazañas del único loco por el bien ajeno después de Cristo, nuestro inexistido Señor Don Quijote, vivo en la imaginativa, fantástico, que no real, pero ejemplar en lo metafísico, dentro de la paternidad literaria que le diera el mejor soldado de Lepanto, y el más fiel servidor, y el más señero de los escritores, y el menos triste de los cautivos, y el más generoso de los ricos, y el más cuitado de los enamorados, y el menos atendido de los pretendientes, y el mejor centinela de la muerte que le sorprendió en oración de gratitud para sus bienhechores puesto el pie en el estribo.

Nos ha hablado con temor y con temblor. ¡Los mejores heraldos de un estado de perfecta y clara conciencia!

Todo le parece poco para los demás; se lamenta a diario, nervioso, por faltarle titulación oficial, por carecer de grados facultativos, por la orfandad formativa en contacto con los consagrados triunfadores de la vida literaria.

No es la cantidad, sino la calidad lo que define, y a veces consagra la entraña estética de los aficionados a la belleza literaria. Pocos grados de reválida y doctorado tuvieron Teresa y Miguel para ser, la primera, Maestra universal; y el segundo, Príncipe de las Letras españolas.

Bastó a Gutiérrez de Cetina un madrigal para que los ojos vieran su poema y los humanos el recurso del decir a los que nos agradan, a manera de obligada consolación, aquél último verso de la estrofa: «YA QUE ASI ME MIRAS, MIRADME AL MENOS». No más de un soneto precisó un poeta para acoger en sus catorce versos toda la teoría y la teología de la Mística española, dejando en su anónima elaboración y fulgurante nacer, una tarea inacabada, al Olimpo de vates, al mundo de los eruditos, a los ejércitos de críticos que aun dudan, estudian, investigan sin definir su última palabra.

Romances de todas clases pregonan la solera poética del pueblo, de los verdaderos hablantes del idioma, de los que construyen, renuevan, modifican y ponen a punto las palabras, los conceptos, ese necesario instrumento del lenguaje oral, tan indispensable para entendernos, para amarnos, para servir a Dios.

Revelación de este siglo han sido bardos manchegos como aquel de los años 1923 y sucesivos, el Pastor Poeta, de la provincia de Toledo, premiado en certámenes, autor dramático también, fallecido ha poco, en la Residencia de Ancianos y Jubilados «Francisco Franco» cerca de Barajas.

Y nuestro gran Cabañero, que dejó el instrumental de la artesanía alarife y aún el elemental cultivo del campo, en sus viñedos de Tomelloso, para pulsar y seducir con la lira apolínea, con sus versos de encantadora música, de gozosa reflexión, exactos de medida,

tan puros de eufonía inigualada como la hondura del pensamiento, desde su iniciación, remota ya, hasta este espléndido presente que le ha permitido cosechar valiosos galardones en los concursos de las buenas letras.

Poco camino anduvo Secundino Gallego, para pasar de la conserjería a un establecimiento universitario a la silla del conferenciante sobre pájaros indígenas sin faltar al amor, y a la humildad que le caracterizaban en el servicio a las cátedras en que aprendía, a diario, el secreto naturalista que le ha hecho célebre. Bien empleados los 60 años irrumpió en el campo del arte pictórico nuestro D. Francisco Carretero, asombrando con el vigor de sus colores y la seguridad de sus trazos en esos paisajes manchegos tan suyos.

Y es que lo que Dios da, no tiene que prestarlo Salamanca. Así con la poesía y así con todo. Observar, estudiar bien lo observado, conservar la observación, pueden ser los tres momentos del que se dedica a estudiar.

Con qué elegancia evoca Ruiz Peco el magisterio del anciano venerable y sapiente lingüista Francisco R. Marín, en el discurso de ingreso en la Real Academia de la Lengua Española para justificar el momento de su paso a esta institución manchega.

Es justamente el primer día de verano cuando atraviesa los umbrales de la docta casa. Pero su obra huele a Primavera, esa estación que un poeta de los de hoy contemplando la que le es conocida, es decir, la de esta llanura, presenta la calatraveña: la que hace llorar a las viñas; y germinar a los racimillos, y vestir de verde a los sarmientos, y afelpar los pámpanos, y sombrear los frutos, protegiéndolos de la frescura de sus delicados tejidos; esa que la canta, llamándola la de los «nuevos sueños; nuevos esfuerzos; grandes nuevas esperanzas; que son lo antiguo, son lo eterno; que llama los entretiempos», que en definitiva son la posición de Ruiz Peco ante la temática de sus pensamientos predilectos.

Nuestro paisano y amigo acaso con la tendencia de otros ve en Carrión «la sembrera de sangre calatrava»; y «sabe que la sangre de los mártires condona revéses que peligran su carrera». Para entrar en materia se acerca al Caballero de la Triste Figura al que dedica un soneto en defensa del encantamiento literario que le embarga.

Ante todo esto, cuando (aún queriendo) no podía convivir escolaridad universitaria en aprendizaje de los saberes que deseaba; sin contacto con los maestros que hicieran posible su vinculación a un mundo exclusivamente estético, escribía, leía, se formaba en la casa paterna en la que aprendió, del que le dió el ser, muchas, curiosas y aprovechadas lecciones.

Colaboró en la prensa local, provincial y nacional. Compuso un libro «Nuestra Señora de la Encarnación» de valiosa aportación histórica. En los legajos del Consejo de las Ordenes del Archivo His-

tórico Nacional, halló datos interesantes que comprobaba con otras investigaciones en la Real Academia de la Historia.

Con todo, lo que más le llama la atención, a lo que se dedica con preferencia es a la Arqueología, Numismática y Paleografía. ¡Algo tiene de esto la Provincia con Peña Escrita (Fuencaliente), los sarcófagos de Oreto y la Bienvenida; y los mosaicos y cimientos de Alcázar de San Juan; las monedas y bustos de Alhambra; las momias de la Solana!

Su amistad con personalidades como la de los señores Bernabeu Novalbos y Alonso Rodríguez, ambos catedráticos, conocedores de la capital, le proporcionaron el acercamiento a fuentes históricas y literarias para atinadas lecciones.

Con inquietud loable trabaja en pormenores referentes al conjunto urbano de Ciudad Real en el siglo XIX, por el que nos da visión exacta de los itinerarios y emplazamientos de edificios de esta capital que va perdiendo su traza alfonsina, respetando únicamente la cuatriarcada Puerta de Toledo en gemelismo con aquella otra de la ciudad imperial del Tajo.

Pero adentrémonos de la mano de un poeta en la obra de Julián Ruiz Peco.

El hombre no es solo su persona sino también su obra que le complementa y le perfila. Al hablar de su obra, corta, pero profunda; por su sencillez y por su agudeza asequible, tiene en sus dos vertientes de expresión: verso y prosa, una lucida manifestación de su sensibilidad exquisita. En el verso, sereno de formas, es recurrente al modo de las serranillas del Marqués de Santillana. Su poesía, casi siempre bucólica; nos obliga a prestar atención al campo, a la floresta; he ahí el soneto EL ARBOL VIEJO:

Hay un árbol añoso y carcomido
que se yergue en la orilla de un sendero.
Más que un árbol, su tronco es un madero
porque el tiempo, implacable, lo ha vencido.

Su ramaje y verdor los ha perdido;
ya no es tema al juglar ni al cancionero.
Ya no presta cobijo placentero
ni una avecilla, en él, hace su nido.

Cuando umbroso, su sombra era buscada
por alguna pareja enamorada
que encontraba el paraje acogedor.

Y aun se ven en la rústica corteza,
unos nombres grabados con presteza
como firmas del pacto de un amor.

Es una poesía de siempre y un lenguaje llano y verdadero y no por eso menos bello.

Julián Ruiz Peco, es además un poeta para sí, por eso se calla sus emociones y no manifiesta su manera de hacer versos, sino cuando le obliga a una reparación de su intimidad. Como manchego, es un poeta que arremete con su poesía cervantina y pretende desfacer entuertos que pesan demasiado sobre el mundo y contribuye a que esta tierra de La Mancha sea nuevamente reencontrada en el orden literario para proclamarla a pulmón lleno como una España legítima y diferente.

Su prosa, más bien narrativa y descriptiva, concuerda sin adjetivos ni barroquismos, con la realidad que presiente. Es una prosa sencilla que cuenta lo que vé y sin inventarse nada, porque esta tierra, que ha servido para tantos inventos literarios, está ya sobrada de casamientos inútiles y hay que volver sencillamente a ser serios, que no es cualquier cosa.

A nuestro amigo Ruiz Peco, a partir de ahora, le espera un trabajo fervoroso de investigación y de creación. Y así se lo encomendamos. Porque a esta Institución le está urgiendo poner a la luz los secretos que encierra La Mancha. Y en uso de esa universalidad literaria, nos exige con fuerza que indagemos sobre los secretos que encierra, repito, y sobre aquello que los siglos han ocultado, lo que fue pasto de las civilizaciones. Esta es la reserva que quisiéramos encomendar a nuestro estrenado recipiendario, que llega hoy con la mejor voluntad de hacer algo por esta Mancha tan necesitada y querida.

Siguiéndole en su trabajo, vemos que las ruinas de Calatrava la Vieja, son los escombros de un monumento castrense defensivo en los que se adivina lo que no puede ya verse. Ante la pesadez de sus murallones y macizos, se piensa en cuanto significó a orilla de ese río juguetón, del subo y bajo, del entro y salgo, del escondite y el asalto, de las grutas y cuevas con fábrica de estalactitas a fuerza de siglos y caricias gota a gota de esa agua que calificaba Azorín como profunda, honda, ciega, muda, trasparente al asomarse a la oquedad de Montesinos.

Comparadas estas gloriosas paredes mutiladas de la vetusta Calatrava, con lo que queda de la otra, la Nueva, puestos en pie de los torreones asalmonados con la cuarcita de brillantes chispitas de mica, que lavan aguas invernales y pulen vientos, a una altura superior de setecientos metros, y aún dan sostén y arraigo a plantas parasitarias de un verdor salvaje, comparadas unas y otras, la más antigua se nos semeja túmulo con lutos de negruras de noche y oros de rastrojos, mientras que las cercanas al puerto de Muradal, en su fase de reconstrucción y remozamiento insospechados, mirando a Sierra Morena, se nos presenta como un milagro de orfebrería gigante. Y así el rosetón de la Iglesia del Sacro Convento, respeta el sitio adecuado para una inmensa Forma de pan eucarístico, de albura inmaculada, que puesta allí por unos instantes, en su círculo vacío,

dé la impresión de que todo se reorganiza, revive, resucita y alienta en la unidad teológica de Dios, que con gloria inmortal, pide la paz entre los hombres de buena voluntad.

Calatrava, vale tanto como Castillo de las ganancias, también llamado por el vulgo «Las Torres», al parecer en el mismo itinerario romano de Emerita a Cesaraugusta, no importa que sea ruina gloriosa, porque recuerda el paso de otros hombres de lucha, de fe, de derecho, de religión que dejaron sobre y debajo de las piedras centenarias lecciones de virilidad, frutos de virtud, cosechas de patriotismo.

En esta tierra manchega son muchos los castillos que hablan de creencias y conductas; de estrategia y preparación: Alhambra, Peñarrroya, Malagón, Membrilla, Alcázar, Caracuel, Almodóvar, Puertollano, Chillón, Almadén, Mudela. Todos podrían hablar, si los despojos del tiempo razonaran como los hombres que construyeron esos recintos.

Difícil es la puesta a punto de esos centinelas silenciosos con remate de almenas, rodeados de fosos sin agua, con cicatrices de puentes levadizos y estrechuras aptas para vigilar a caballo. Ya no son eficaces ni necesarios ante la técnica y la táctica castrense del día, que destrozan a distancia, sin calificación posible para el arrojo y coraje de los combatientes; a los que aniquila la civilización del daño. Mas queda como elemento de estudio de la guerra materializada hasta la pulverización. Quedan para decir lo que fuimos, aunque indiferentes a lo que nos aguarda. Mejor empleo les cabe a los castillos del pan, los molinos, que rudimentarios salvaron la economía rural con el agua unos, con el viento otros, cuando las necesidades les despertaron con problemas de encarecimiento de flúido, combustible, volviéndose a un primitivismo de emergencia. He aquí lo actual en ruinas, recuerdos, lecciones no bien aprendidas, avisos, experiencias en cabeza ajena con las que nadie escarmienta.

Pero el progreso es marcha hacia adelante, y el adelante sólo es posible con las enseñanzas del pasado, la aceptación de las sugerencias de los presentes y el estudio de los secretos del porvenir.

Bienvenido seáis y que vuestra colaboración sea tan provechosa como promete vuestra inquietud, vuestro amor a la tierra manchega, que no es otra que aquella parcela de España que nos confiaron para conocerla y servirla y honrarla hasta el fin.

Y ya, parodiando los versos finales de tu discurso:

OYE NUESTRA VOZ ALENTADORA:
SEA CUAL LA LLUVIA BIENHECHORA:
ELLA CALMARA TU SED,
MITIGANDO EL ESTIAJE.

He dicho.